

‘Honor de cavalleria’

Ustedes se imaginan una película inspirada en el Quijote en la que no se vea ni un mal lance? Pues eso es lo que ha hecho, con gran economía de recursos, el joven realizador gerundense Albert Serra en *Honor de cavalleria*, una insólita propuesta cinematográfica que no va a tener ningún éxito de taquilla, seguro, pero que bien merece la atención de quienes quieran continuar considerando al cine como una de las bellas artes.

Una cosa es el cine de gran presupuesto y gran consumo, que puede ser dignísimo, y otra el cine de autor que pretende aportar algo a la larga tradición de las artes visuales. Y Albert Serra —que se quiere un artista, no un comercial del entretenimiento— se pone a la cola de maestros de la imagen como Pasolini o Rossellini y sigue la estela mágica de Yasujiro Ozu, el gran cineasta japonés del espacio y el tiempo como puestos entre paréntesis.

Albert Serra, ya tiene cojones, no pretende ser un simple cuentacuentos, no pretende distraer, no pretende pasar el rato ni que lo pasemos con él, sino que sólo pretende expresar por medio del cine su versión de lo esencial del Quijote, o su emoción ante una vida que nos presenta como contemplación (y en la misma línea un punto irónica, aconvencional y estéticamente transgresora de Marc Recha en *El cielo sube*, también tan silenciosamente conceptual, tan minimalista).

Albert Serra ha tomado como pretexto de su cine deliberadamente de no-acción no las aventuras del hidalgo de la Mancha, no la lucha contra la realidad imperfecta que el confundido héroe quiere comparar con su ideal, sino más bien el desnudo testimonio de su fe maravillada por la existencia frente al casi

ALBERT SERRA

ha sido saludado

como el nuevo

‘enfant terrible’ del

cine español

mudo desconcierto de un pobre Sancho que le sigue la corriente como el pueblo sigue a sus predicadores.

Honor de cavalleria se ha presentado en esta 59.ª edición del Festival de Cine de Cannes, tan mediáticamente centrada en un

Pedro Almodóvar que viene del casticismo más típicamente español, de la picaresca y del esperpento. Pero se ha destacado poco el hecho de que Albert Serra haya sido saludado como el nuevo *enfant terrible* del cine español y que su película, en su mejorable versión original catalana, opte a la Cámara de Oro a la mejor ópera prima de la Quinzaine des Réalistes, la sección del festival que selecciona propuestas alternativas.

Honor de cavalleria es una película con largas secuencias basadas en tiempos sólo en apariencia muertos y en espacios sólo en apariencia vacíos. Y, ya que la realidad es al fin y al cabo una construcción mental, como se nos viene a decir, la verdad de este cine no está en los exteriores ampurdaneses, en sus luces y en sus sombras a veces agobiantes, sino en los interiores de los personajes. En lo que sienten, en lo que sueñan, en lo que deliran.

Y así como al principio de la película tardamos en distinguir en la penumbra el rostro de este convincente don Quijote que encarna Lluís Carbó, pronto adivinamos (al verle pellizcarse las flojas carnes del antebrazo, al verle mirar hacia las alturas, al verle llamar una y otra vez a Sancho Panza —al que da vida Lluís Serrat— como si quisiera cerciorarse de la presencia humana en el mundo, o al verle abrazar amorosamente a su viejo caballo) que nos encontramos ante un cine abstracto, casi sin asideros concretos, pero tan hermosamente emocionante como denso de sentido.●